

# ***De te narratur fabula: la metalidad militar del neoliberalismo y las posibilidades imaginales del golpe leídas desde México***

## **The Military *Metality* of Neoliberalism and the Imaginary Possibilities of the Coup as Read from Mexico**

Dante Ariel Aragón Moreno  
Universidad Iberoamericana, México  
dante.aragon@ibero.mx

**Enviado:** 4 julio 2023 | **Aceptado:** 1° agosto 2023

### **Resumen**

En el presente artículo se piensa la relación entre el golpe, los problemas de la *re-presentación* y la militarización neoliberal a través de varias imágenes, entre las que la del tanque de guerra será primordial para reflexionar acerca del origen violento del nuevo régimen económico y vital que se desplegó con el golpe. Lo anterior se enmarca desde el imaginario político de México en los años setenta, particularmente a través del régimen del presidente Luis Echeverría y su singular relación con el elemento militar. La multiplicidad de miradas mexicanas sobre el golpe chileno está mediada por las imágenes. En esa miriada de elementos, existe un resto incontable, anónimo y excesivo: lo plebeyo.

**Palabras clave:** Golpe, neoliberalismo, representación, tanque de guerra, imagen, Luis Echeverría.

### **Abstract**

In this article, the relationship between the coup d'état, the problems of *re-presentation* and neoliberal militarization is considered through several images, among which the one of the war tank will be primordial to reflect on the violent origin of the new economic and vital regime that was deployed with the coup d'état. All the above is framed from the political imaginary of Mexico in the 1970's, particularly through the regime of President Luis Echeverría and his unique relationship with the military element. The multiplicity of Mexican views on the Chilean coup are mediated by images. In this myriad of elements, there is an uncountable, anonymous, and excessive one: the plebeian.

**Keywords:** Coup, neoliberalism, representation, war tank, image, Luis Echeverría.

La imagen nos dice que debemos convivir con la pérdida y la ruina. Sin embargo, lo que hace de ella una imagen es su capacidad de exhibir las huellas de lo que no puede mostrar, insinuando, más allá de esta pérdida y esta ruina, su potencial elocuencia.

EDUARDO CADAVA 59

El golpe en Chile contra el Gobierno de Salvador Allende y la posterior instauración de la dictadura soberana de Augusto Pinochet inauguran una nueva era más allá de la soberanía nacional. El golpe expresa los límites de la representación tanto imaginaria como política, es decir, tanto de los lenguajes como de las prácticas que organizaban una partición de lo sensible (Rancière) se desmantelan.

De esta manera, es posible afirmar con Thayer que el golpe no solamente «operó la suspensión de la representacionalidad y la soberanía estatal nacional moderna» (17), sino que, de igual manera, operó la transformación del «arte, de la universidad, de la política y de la subjetividad».

Cabe afirmar que el proyecto socialista e institucional de Allende, desde una perspectiva política, daba cuenta de lo que Oscar Ariel Cabezas denominó como los límites de la representación en el marco de la articulación de los subalternos desde el principio de soberanía («Exclusión en América Latina» 137), es decir, como los límites de los andamiajes de la representación liberal o de la institucionalidad burguesa para dar cabida al exceso plebeyo (160). Pues tal intento de posibilitar la cabida del exceso plebeyo, se convirtió en un intento paradójico e imposible en la medida en que sobrecargaba al principio representacional al punto de su implosión y de su límite, ya que, en realidad, dar cabida al exceso plebeyo era como desear la negación de la *re-presentación* para ser mera presentación del exceso plebeyo.

De esta manera, es posible afirmar que el golpe, que cortocircuita un régimen representacional en crisis y una partición de lo sensible, es una reacción policial a las fallas de la representación política evidenciadas en el intento allendista y popular de integrar a las masas a un aparato estructuralmente imposibilitado para recibirlas. El golpe, en este sentido, se despliega como una suerte de correctivo al exceso que, por una parte, afianza cierto principio soberano de reducción a la unidad, al control y a la disciplina, y que, por otra parte, inaugura un modo policial de control que será un parteaguas en la historia latinoamericana y mundial.

Como afirma Thayer, el allendismo descontroló la representación y tuvo «su hi-pérbole y cifra siniestra en la Moneda en llamas» (15) como alegoría del Estado (o de un Estado) en llamas y a punto de quedar en meras cenizas.

Se trata entonces de un sistema de representación en llamas o quemado, tanto por los intentos de sobrecargarlo como desde la intención de terminar de incendiarlo por parte de una estructura militar que, ejecutando tal asedio militar, toma así la iniciativa de la reestructuración simbólica y material del orden social.

En el presente escrito, en el marco de la crisis de la representación ontológica y óptica que se escenifica con el golpe, es decir, desde la crisis tanto de los regímenes de la enunciabilidad-visibilidad, o de lo que aquí prefiero denominar como crisis de una partición de lo sensible, así como desde la crisis del sistema político de aquella época, deseo desplegar una lectura política, con «ojo mocho», de algunas imágenes que circularon en los medios de manera profusa en 1973 tomando como horizonte de lectura al echeverrismo, es decir, a la política del entonces presidente mexicano Luis Echeverría Álvarez.

Por una parte, la imagen de la Moneda en llamas o humeada con un tanque en primer plano me permitirá dar cuenta de la paradójica representación imaginal de los efectos de una crisis de la representación política, y la puesta en escena de una crisis de la representación moderna. Y es en esta constelación, en la que «imagen es aquello en donde lo que *ha sido* se une como un relámpago al *ahora* [...]» (Cadava 61), donde podré identificar, evidenciar y desvelar, desde una perspectiva lefortiana,<sup>1</sup> al elemento que funge como condición de posibilidad de la inauguración del neoliberalismo: el tanque como artefacto militar que opera una ocupación del vacío democrático, unificando de nuevo los significantes de la ley, el poder y el saber.

A partir de Claude Lefort es posible afirmar que la decapitación del rey Luis XVI es aquello que permite el desmantelamiento del dispositivo monárquico y la desincorporación del principio imperial que reunía en torno a sí a la comunidad, a la ley, al poder y al saber. Por ello, para Lefort, la decapitación de Luis XVI inaugura a la democracia como espacio vacío o vaciado de cualquier dispositivo, lógica, aparato o persona que se pretenda erigir como fundamento único e indiscutible de lo social.

Sin embargo, con el golpe y su imagen se da cuenta de la artefactualidad del nuevo principio soberano. El tanque de guerra, como lo veremos en su momento, es el principio y fundamento de la teología neoliberal y el representante en la escena trágica del dispositivo militar. El nexo entre violencia y ley se desvela de esta manera, permitiéndome afirmar que, detrás del plus de goce neoliberal<sup>2</sup> y de la incuestionablemente sagrada teología neoliberal, se moviliza un tanque como coraza del espíritu empresarial. Dicho en otras palabras, tanto el espíritu empresarial como las lógicas de acumulación y consumo requieren de la coraza militar, así como de la necesidad de arruinar un Estado y una partición de lo sensible que no sirvan para tal despliegue.

En segundo lugar, esto me permitirá interrumpir y detonar una mirada alternativa que dé cuenta de que el poderoso montaje del tanque aplastante y del Estado en llamas tiene sentido alternativo si nos fijamos en una ruina o resto ausente en dicho montaje. Este resto ausente que identificaré como el exceso plebeyo es, en realidad, aquello que moviliza tal montaje aplastante que intenta borrarlo o reducirlo a cenizas.

---

1 Me refiero a Claude Lefort. Al respecto véase Oliver Marchart en Referencias.

2 Como menciona José Luis Villacañas en diálogo con Lacan en *Neoliberalismo como teología política: Habermas, Foucault, Dardot, Laval y la historia del capitalismo contemporáneo*.

Para esto, será importante dar cuenta del régimen representacional o participación de lo sensible que la imagen alimenta en la recepción mexicana por parte del Gobierno del entonces presidente Luis Echeverría. Si bien la posición de México y de buena parte del Partido Revolucionario Institucional (PRI) fue ambigua en el contexto de la Guerra Fría,<sup>3</sup> es curiosa la denuncia al golpe por parte del Gobierno de Luis Echeverría e incluso la declaración de los días de luto nacional en México por el suicidio de Salvador Allende y el golpe.

Es curioso que un Gobierno que fue pieza clave en la historia «guerra sucia» (Gamiño Muñoz),<sup>4</sup> en la desaparición forzada, la represión estudiantil y la contrainsurgencia se mostrara indignado no solamente por el golpe, sino por la muerte de Allende.

Como hipótesis se puede afirmar que, por una parte, tal indignación sirvió a los fines de seguir manteniendo subsumido al elemento militar, elemento que, dígame de paso, fue y es estratégico para la administración de la democracia (Gamiño Muñoz 365),<sup>5</sup> el control, el orden y la disciplina.

Por otra parte, se trató de un elemento militar, el cual fue importante haberlo subsumido al poder civil para la pacificación del país en los términos del Gobierno de Echeverría y para el fortalecimiento del sistema político mexicano después de la Revolución mexicana.<sup>6</sup>

3 Echeverría fue un informante de la CIA (como lo recuerda Yllich Escamilla Santiago en su artículo «10 de junio, entre la memoria y el olvido» en el libro de Marisol López Menéndez, Jorge Mendoza García y Amílcar Carpio Pérez que cito en este trabajo), acusado por su involucramiento en la matanza de estudiantes del 2 de octubre de 1968 y un importante artífice de la contrainsurgencia que se conoció como «Guerra Sucia», la cual incluyó: espionaje, desaparición, tortura, encarcelamiento, persecución y represión. A pesar de ello, y en un intento por ganar legitimidad, blanquear su imagen como genocida, y en el contexto geopolítico y económico (de estancamiento) que implicó una indiferencia de EE. UU. hacia México, mostró algunos rasgos de acercamiento a cierto sector académico y sectores de la izquierda institucional. Esto explica que se haya autoconcebido como heredero continuador de la Revolución o de Lázaro Cárdenas, o como la alternativa única y posible al fascismo. De ahí que él se presentara, de igual manera, como un presidente abierto a la pluralidad ideológica, en apertura «democrática», nacionalista y, paradójicamente, de «izquierdas» (véase el artículo citado en este trabajo de Felipe Sánchez Barriá). Por ello, su política exterior fue estratégica en este afán de recurrirse a la izquierda «institucional». Su giro «tercermundista» (como lo afirma Felipe Sánchez Barriá) hacia el Cono Sur, y su necesidad de presentarse como el líder de dicho bloque, permiten entender su gesto de amistad (personal y política) con Salvador Allende. Salvador Allende, el socialista de la «empanada y del vino», el héroe de la transición no violenta, sino institucional y republicana, se convirtió en una figura central para las estrategias de Echeverría. Esta situación me permite afirmar, inspirándome en Gramsci, que el echeverrismo fue una suerte de revolución pasiva, es decir, sus gestos contradictorios (entre represor y amigo de exiliados después del golpe), como genocida de estudiantes y su acercamiento a una figura importante para la comunidad juvenil (recuérdese y analícese el discurso de Allende en la Universidad de Guadalajara), o bien, el represor de la izquierda guerrillera, rebelde o crítica, pero no de la izquierda institucional. Aunque fundamentalmente, y para hablar de revolución pasiva o revolución-restauración desde la élite con mecanismos de absorción material y simbólica de ciertas lógicas plebeyas, habría que hablar de la incorporación al Gobierno de Echeverría de una retórica popular y materialmente cercana a ciertos sectores a través de la maquinaria del partido oficial (PRI) y gracias a la política social. Así mismo, todas estas notas características de su Gobierno posibilitan comprender su condena hacia el golpe y la apertura de fronteras a la izquierda latinoamericana. Véase la extraordinaria tesis doctoral en proceso de elaboración de Mateo Díaz Choza. Su tesis versa sobre los últimos discursos de Allende en la Universidad de Brown en el Departamento de Estudios Hispánicos. De igual manera, recomiendo el artículo de Claudia Fedora Rojas Mira, «Los anfitriones del exilio chileno en México, 1973-1993», citado en Referencias.

4 También recomiendo ampliamente el artículo de Yllich Escamilla Santiago, «10 de junio, entre la memoria y el olvido» (23-39) en López Menéndez, Mendoza García y Carpio Pérez, coords.

5 Rodolfo Gamiño hace una interesante relación entre desaparición forzada, ejército y paramilitares (narco). Para el autor, «La desaparición se ha convertido en una estrategia gubernamental del control y administración de la democracia».

6 Cabe comentar que el primer presidente civil fue el lic. Miguel Alemán hasta la segunda mitad de los años cuarenta. Desde entonces no ha habido presidentes de procedencia militar.

De igual manera, afirmar que tal indignación por el golpe, por la muerte de Allende, y tal apego a la narrativa allendista permitió la paulatina preparación de un pasaje controlado al neoliberalismo o, dicho en otras palabras, de un violento despliegue de la lógica militar, pero de manera no explícita.

No es casualidad, además, que la precaria legitimidad de un presidente cuya sola presencia recordaba la matanza estudiantil del 2 de octubre en México necesitara fortalecerse en un acercamiento a cierta izquierda institucional interna y externa. De esta manera, al mismo tiempo que buscaba fortalecer su imagen institucional<sup>7</sup> por sobre cualquier potencia destituyente, lograba que en su despliegue policiaco cohabitaran, sin mayor contradicción, tanto lógicas progresistas<sup>8</sup> como lógicas contrainsurgentes y autoritarias.

A pesar de todo ello, será interesante indagar brevemente en cómo es que se recibió el golpe y la muerte de Allende entre los sectores críticos de México, y si aún es posible, desde esas voces, dar cuenta de otra historia latente que, incluso, le dote de un sentido alternativo al montaje neoliberal, situación que será posible si dicha historia es contada desde y por el exceso plebeyo. Exceso que, por cierto, permite dar cuenta de otra historia a través de una imagen, permitiendo así detonar una potencia política inscrita en el recuerdo de la tragedia.

Desde Chile, el golpe preparó el camino al proyecto neoliberal. De esta manera, tal *shock* fue el origen o la escena primordial del montaje teológico-político del neoliberalismo. De ahí la continuidad teológico-política, pero por otros medios y con sus matices. Del Estado-nación se pasará al mercado posnacional y postsoberano. Y en el caso mexicano se pasará del Estado centralmente planificado al Estado-mercado postsoberano y sobredeterminado por la lógica narcomilitar.

Desde luego que, en el caso mexicano, el despliegue de las tecnologías neoliberales tuvo su singularidad en el marco de un proceso estatal enmarcado más por el modelo de la revolución pasiva (Gramsci) que sirvió de puente entre tales paradigmas de gestión policial. Si se me permite, metafóricamente y con las reservas debidas, en México operó un proceso de múltiples golpes de baja intensidad, aunque en el marco de la institucionalidad liberal representada por el Partido Revolucionario Institucional.

De ahí que sea posible afirmar que, contemporáneamente y para el caso mexicano, la relación entre el mercado y el narco que, de igual manera, posibilitan la excepción y el disciplinamiento de la sociedad civil (su neutralización y desarticulación), lejos de producir un Estado débil, lo han condicionado y fortalecido por otros medios. Todo esto, no sin desconocer la multiplicidad de intermediarios y contextos locales que singularizan la simbiosis o las tensiones entre el poder mercantil, civil, militar y el narco.

---

7 A decir de Claudia Rojas Mira, la relación de Echeverría con Allende promovió aún más la imagen institucional del echeverrismo, de hecho, «el Gobierno mexicano valoraba el proceso chileno porque éste se definía como nacionalista, antiimperialista, constitucionalista y respetuoso del pluralismo ideológico [...]» (27).

8 Sobre la política exterior progresista de Echeverría, de igual manera, sugiero consultar la Introducción (13) del libro de López Menéndez, Mendoza García y Carpio Pérez, coords.

Por su parte, en términos *rancierianos*, es posible afirmar que el golpe chileno operará como un trazado de la diferencia,<sup>9</sup> pero policial, es decir, en nombre de la desigualdad de cualquiera con cualquiera. Un golpe que, a pesar de la lectura transitológica, seguirá operando en el despliegue neoliberal.

Sin embargo, el golpe, de igual manera, será un golpe a la política emancipatoria mexicana y un *shock* que habilitará, al menos espectralmente, la entrada del neoliberalismo, no sin las locales y singulares tensiones, así como no sin los respectivos reacomodos políticos que definieron el despliegue neoliberal a la mexicana.

En este sentido, el *shock* militar in-*augura* la implementación rápida, como relámpago (por el bombardeo), de la racionalidad normativa (Brown) que disemina los valores del mercado a todas las dimensiones y que, formateando la subjetividad, nos permitirá leerla, incluso, como un proyecto teológico-político que, pretendiendo poder imperial (estatal y subjetivo), se yergue hasta el grado de lograr la divinización de las leyes del mercado de manera indiscutible.<sup>10</sup>

*Lefortianamente*, el golpe, militar-mente hablando, reinstaura en otra versión y con mayor fuerza al *ethos* teológico. De ahí que se pueda afirmar que el golpe borrona la experiencia del vacío ontológico que se asoma en la crisis de la representación allendista y que se calma como ansiolítico con la armadura militar teológico-soberana y en la «doble muerte de Allende» (Cabezas, «Exclusión en América Latina» y «Salvador Allende»). Muerte material y simbólica, es decir, muerte material dada por el suicidio y muerte del proyecto allendista.<sup>11</sup>

Tal es la relampagueante violencia de la escena del golpe, que preparará los más atroces mecanismos de mutación corporal y política mediante el allanamiento, la tortura y el vaciamiento de todo un *ethos* político moderno que, al mostrar sus fallas, de igual manera se prefirió quemarlo y reducirlo a cenizas.

### Militar-mente: el tanque como *think-tank*

Cada imagen es al mismo tiempo una constelación de imágenes, discursos, tiempos y espacios. Tal constelación es compleja en las imágenes históricas que son recuerdos de la tragedia y, sobre todo, de las tragedias que inauguran lo nuevo. Y es en esa constelación que, en las imágenes, como afirmara Pascal Quignard, algo nos falta porque desaparece también. Quizá convenga entonces concebir a la imagen como una constelación de fantasmas más o menos ordenados por la materialidad de la imagen

9 Para Rancière, la política democrática es un trazado de la diferencia, pero en un registro igualitario. Diferencia respecto de una policía o partición de lo sensible hegemónico y dominante. Aquí intento decir que el golpe hace lo contrario de una política democrática, afirmando la desigualdad y no la igualdad.

10 Esta es la tesis respecto del neoliberalismo de José Luis Villacañas (*Neoliberalismo como teología política*).

11 Esta idea la retomo de Oscar Ariel Cabezas.

primordial misma. De este modo, cabe intentar una espectrología de la imagen como modo de lectura.<sup>12</sup>

Para Renato Bermúdez Dini, por su parte, una imagen es «una figuración con la potencia política de detonar otras realidades» y, citando a Soto Calderón, «las imágenes oscilan entre un doble poder: poder de condensar una historia, pero también el poder de detonar otra historia: doble potencia de cifrar e interrumpir».<sup>13</sup>

Por ello, en lo que sigue, me interesará describir y pensar algunas imágenes para ir esbozando esa otra historia a contrapelo o alternativa al montaje aplastante del tanque neoliberal y triunfante.

Si bien las dos primeras imágenes [figs. 1 y 2] presentan en primer plano al humo que reduce a cenizas a un palacio que representa un proyecto fallido, militar-mente, la imagen 3 escenifica, en primer plano, unos tanques como dispositivos de saber y poder.

Ya el tanque es un artefacto producto de la ingeniería (en formato universitario, dirá Thayer), que es dirigido por militares entrenados. Como sabemos, el tanque es un artefacto militar que lanza proyectiles, aplasta y atraviesa trincheras con una gran rapidez gracias a sus peculiares llantas. En ese sentido, se podría decir que es hábil evitando trincheras y gana con rapidez en la guerra de posición gramsciana, la cual, a decir de Gramsci, es la opción frente a un Estado rodeado, fortalecido y soportado por una inmensa cantidad de trincheras (Q. 7, párr. 16).<sup>14</sup> En términos de las imágenes mencionadas, el tanque es el artefacto que bombardea a un Estado poniéndolo en orden y reacomodándolo, es decir, haciéndole ajustes.

El tanque que aplasta proyectos (y esperanzas) prepara el terreno para la entrada triunfal del neoliberalismo. Por ello el golpe, el tanque, y la tortura que desplegará la dictadura inaugurada sobre las ruinas del proyecto allendista en llamas, en palabras de Avelar, citadas por Thayer, «parece ser el violento quiebre de cualquier aparato representacional [...] Es entonces que el torturador toma posesión de su objetivo: dejar sin habla al sobreviviente» (25). Este dejar sin habla, como golpe al lenguaje, así como la desaparición del que estorba en determinado modo, da cuenta de la violencia que se comienza a desplegar en el acto del 11 de septiembre de 1973.

El tanque *in-augura* así una nueva etapa de violencia material y simbólica cruel que hoy día funge como supuesto impensado del actual *ethos* neoliberal con sus centros comerciales falocéntricos<sup>15</sup> y la orgía consumista-acumuladora desplegada por los sujetos, no sin su acompañante militar (que se activa cuando algo se sale de control).

---

12 Lo mismo realiza Gisela Catanzaro, pero de la derecha. Véase Catanzaro en Referencias.

13 Investigación en proceso sobre la imagen y Bruno Latour a partir de un análisis de algunas imágenes en el Gobierno venezolano de Hugo Chávez (documento inédito). De hecho, la idea de la constelación de imágenes en una imagen es una idea que me sugirió la lectura de su tesis.

14 Véase en cualquier edición el famoso Cuaderno 7, párrafo 16 de Antonio Gramsci.

15 Aquí hago una referencia al inmenso y fálico centro comercial chileno Costanera Center. De igual manera, se podría hablar del World Trade Center mexicano de la Ciudad de México (el cual también es un rascacielos ubicado en la calle Insurgentes, por paradójico que suene), aunque este último no es un *mall*, sino un centro de negocios.



**FIGURA 1**

« Excélsior contó el golpe de Estado desde Chile». Archivo Excélsior.  
<https://www.excelsior.com.mx/global/2013/09/10/917907#>



**FIGURA 2**

«A 49 años del golpe militar en Chile». UNAM Global. <https://unamglobal.unam.mx/a-49-anos-del-golpe-militar-en-chile/>



**FIGURA 3**

«Golpe de Estado de Pinochet a Allende: 11 sonidos que marcaron el 11 de septiembre de 1973 en Chile». Archivo BBC. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-45458820>

*Lefortianamente*, es posible afirmar que el tanque, en tanto prótesis metálica del espíritu o del saber neoliberal,<sup>16</sup> rehace, de igual manera, el cuerpo del rey que ya había sido decapitado a finales del siglo XVIII. Misma decapitación al modelo monárquico que, como ya lo había anotado al principio, al desincorporar el cuerpo del rey (y de la idea de comunidad real vinculada a él), permite una interesante mutación simbólica, en donde los significantes de la ley, el poder y el saber requieren estar republicánicamente disjuntos, vaciándose así el espacio del poder de cualquier monopolio del sentido último de lo social y posibilitando otra configuración de lo social: «la democracia». En este sentido, tal vaciamiento lo que tendría que posibilitar es la conflictiva tensión popular como (post) fundamento de lo social, es decir, sin principios positivos, esenciales, únicos e incontestables.

Sin embargo, para algunas lógicas sociales, tal vaciamiento escandaloso se presenta, en ocasiones, imposible de sostener, dando cauce a las aspiraciones del «egócrata» o de las fantasías del Pueblo-Uno que borran el espacio vacío o lo vuelven a ocupar.<sup>17</sup> Ese borronamiento del agonismo político como fundamento de lo social ya comienza a perfilarse en los marcos de la democracia-liberal, es decir, por obra del mercado y sus leyes,<sup>18</sup> como, desde luego, en los intentos soberanos, o autoritarios, o totalitarios de ocupar este espacio y de erigirse como los fundamentos incontestables de lo social.

En este sentido, el tanque ayuda a operar una mutación simbólica al ocupar el vacío y ser el mediador del teológico proyecto neoliberal. El tanque, como el yelmo a través del cual habla el padre de Hamlet,<sup>19</sup> le dota cuerpo al espíritu neoliberal. El tanque de la milicia chilena es el caballo de Troya de los Chicago Boys y, de igual manera, es la coraza que permite que el fantasma neoliberal se presente y nos visite violentamente cuando menos lo esperábamos. De ahí que la sola presencia del tanque desajuste la «normalidad» de la democracia liberal o del socialismo liberal, permitiendo que, a partir de su avance, el tiempo quede fuera de sí<sup>20</sup> («*the time is out of joint*»).

De este modo, el fantasma de la Santa Alianza (neoliberal) encarnada en el tanque conjuró al otro fantasma comunista y al fantasma allendista. En ese sentido es posible afirmar que el espectro neoliberal también es porvenir, pues anunció con su visita lo que vendría.<sup>21</sup> De ahí que la visita haya causado angustia para muchas personas y alegría para pocas.

Actualmente, el acosador fantasma neoliberal amenaza con aplastar, como los tanques, y cuando está en peligro, todo aquello que estorbe su triunfal paso. El tanque

16 Me inspiro en Jacques Derrida, *Espectros de Marx*.

17 Véase al respecto la explicación de Oliver Marchart.

18 Véase el extraordinario artículo de Oscar Ariel Cabezas, «La Modernidad en Claude Lefort: emergencia del vacío y democracia».

19 Véase Jacques Derrida.

20 En este caso, el tiempo del socialismo allendista se ve violentamente interrumpido por la lógica imperial y neoliberal. Si bien la interrupción podría declinarse en términos emancipatorios, no fue así en el caso del golpe.

21 De la tortura, la desaparición pinochetista al Costanera Center.

aplasta así terrenos sinuosos y con trincheras para descomplejizar el espacio social y lograr la *reductio ad Unum* de la teología neoliberal, sofocando, al mismo tiempo, al tumulto plebeyo.

La violencia militar se activó cuando se puso en peligro al principio soberano y porque la sobrecarga allendista de la representación comenzó a desnudar las fallas e imposibilidades de la representación liberal y, por otra parte, porque evidenció, a la mirada soberana, la necesidad de comenzar por quemar dicho sistema.

La sobrecarga plebeya desnudó al rey y desveló que el principio soberano siempre está excedido por el tumulto, mostrándolo (como constelación de principios soberanos) poroso, contingente, imperfecto y débil. Y es tal exceso, al cual el principio soberano mira de reojo, lo que permite explicar su extrema violencia, su paranoia y su patología de origen.<sup>22</sup>

El tanque y el dispositivo militar ejercieron un acto de represión del deseo plebeyo que amenazó con salirse de su cauce.

Pero, como se sabe, dicha operación, psicoanalíticamente hablando, es imposible en su totalidad, pues siempre hay un resto inconforme que fantasmalmente también amenaza con perturbar. Siempre existe una «tierra extranjera interior»<sup>23</sup> que permanece y que se resiste a entrar a cabalidad en los márgenes disciplinarios.

Cabe afirmar que, imaginalmente hablando, dicha lucha espectral, entre los maquiavelianos deseos de dominación y de los deseos de no ser dominado, se escenifican tanto en la operación técnica que produce o edita la imagen,<sup>24</sup> en la propia imagen, como en las recepciones de la imagen. Es en este punto en donde deseo poner a prueba esta multiplicidad de cualquier imagen que nos permite desde narrar una historia oficial hasta la posibilidad de detonar otra. En ese sentido, y en términos de agonismo político, afirmar que se escenifica la tensión entre la capacidad de producir una partición de lo sensible desigualitaria de control, contra la de producir una partición de lo sensible igualitaria de la no dominación.

## El shock: la ruina estatal y la configuración de lo sensible en México

La imagen del tanque y del palacio en llamas es poderosamente aplastante, inmovilizadora y monumental. Podría afirmar que es una imagen que, narrada de esa manera, es funcional a las lógicas policiales de dominación.

---

22 Véanse en este sentido las críticas a la soberanía moderna y a la antropología política moderna en dos magníficos artículos de José Luis Villacañas Berlanga: «Crítica de la teología política» y «Crítica de la antropología política moderna», en Referencias.

23 Tal recordatorio sobre el tratamiento que Freud le da al problema de la represión y su relación con el síntoma, se la debemos a Benjamín Arditi (16).

24 Sobre el montaje, véase José Luis Barrios (39).

El humo, por su parte, da cuenta de lo deleznable del proyecto allendista. Sirve como advertencia de que «todo lo sólido se desvanece en el aire». De este modo, todo intento de ocupación plebeya de la representación está destinada al fracaso. Y en cuanto al papel del tanque militar, desde México, se percibe como un recuerdo siniestro de lo militar cuando aparece a la superficie y por encima de lo «institucional»: desde Porfirio Díaz y su permanencia en el poder; la Revolución mexicana; la Decena Trágica; la violencia de los políticos militares; y las políticas de represión militar. De ahí que fuera necesario subsumirlos para posibilitar esa continuidad sin sobresaltos que permitió que el PRI (finalmente Partido Revolucionario *Institucional*) permaneciera en el poder hasta el año 2000.

En el caso mexicano, dicha articulación entre el principio ejecutivo-civil y lo militar constituyó una maquinaria casi perfecta mucho más cercana a la categoría de revolución pasiva gramsciana y, de esta manera, permitió encuadrar y excluir con violencia a quien estorbara presentándose en la superficie como un conjunto de operaciones «democráticas» de salvación de la patria frente a la amenaza comunista, violenta y extranjera.

Los registros de la participación del Gobierno de Echeverría en términos de contrainsurgencia, tortura, represión y desaparición forzada son de sobra conocidos. Desde su participación en la represión estudiantil en el 68 en calidad de funcionario del Gobierno del entonces presidente Díaz Ordaz, como en su responsabilidad ya como presidente, en la matanza estudiantil del 10 de junio de 1971 –mejor conocida como el Halconazo–. Por otra parte, su tecnología de silenciamiento, disciplinamiento y vigilancia era tal, que llegó a la infiltración (espionaje),<sup>25</sup> a la creación de grupos paramilitares (como los Halcones) (López Menéndez, Mendoza García y Carpio Pérez, coords.), hasta su participación como informante de la CIA.

Eso explica la echeverrista revolución pasiva, o revolución desde la cúspide con elementos populares. Echeverría, frente al desafío económico de la época (Rojas Mira), y frente al problema político-social que implicaba una población en descontento, politizada y un estudiantado movilizado, se presentó, para efectos de legitimación, como un político de izquierda, nacionalista y abierto ideológicamente (Sánchez Barría 966). De ahí que, como nos lo dice Felipe Sánchez, su política exterior sirviera como «complemento de su proyecto de reforma interna» (963-964).

Echeverría aprovechó la distensión de la Guerra Fría, y con el pretexto de la problemática económica, giró hacia el «Tercer Mundo» para mostrarse como el líder de tal proyecto y, de esta manera, legitimarse con algunos sectores de la izquierda mexicana. De hecho, al interior del país, y para salvar la cuestión de su participación en el 68,

25 Sobre el espionaje como política del Gobierno de Echeverría, véase Felipe Sánchez Barría, quien afirma: «Sus espías se instalaron no sólo en lavanderías, tiendas comerciales, bancos o incluso taxis a escuchar críticas, rumores o chistes en contra de Echeverría, sino también tendrían un rol fundamental en la violencia guerrillera, emergida desde mediados de la década de 1960» (962).

requería reforzar su proyecto de «apertura democrática»<sup>26</sup> al grado de presentarse como el heredero de Lázaro Cárdenas<sup>27</sup> y de la Revolución mexicana (Sánchez Barriá 975).

Tal política, aparentemente contradictoria, explicará su acercamiento a Chile, su apertura de fronteras ante el golpe, su política de duelo frente al golpe, el desconocimiento del Gobierno de Pinochet, así como su contrainsurgencia y autoritarismo interno.

Como una hipótesis central, aunque no sin otras suplementarias, me permito afirmar que, gracias a esta política de izquierda al exterior, pero conservadora y autoritaria al interior (no sin matices), al echeverrismo se le permitió resignificar al golpe militar chileno en una lectura funcional a sus fines de empoderamiento, pues de esa manera se acusaba al traidor Ejército chileno por violento, a diferencia del institucional proyecto chileno, por haberse rendido a otro modo de imperialismo, ya no el comunismo, sino el colonial estadounidense. Así es posible pensar que la coherencia que podían establecer los echeverristas sin mayor contradicción era la de usar el Ejército mexicano contra el exceso antinstitucional<sup>28</sup> y extranjero o influenciado por intereses no patrióticos y, al mismo tiempo, la de condenar a aquel Ejército chileno por violento, antinstitucional e influido por otra lógica extranjera.

De esa manera, la lógica echeverrista conjuraba así la pesadilla mexicana del trauma del quiebre institucional. No era casualidad que el echeverrismo se inscribía en el proyecto del Revolucionario Institucional (PRI). Esto explica, por otra parte, la simpatía con el socialismo institucional, republicano, de «empanada y vino» de Salvador Allende, situación que, reitero, legitimó al echeverrismo frente a cierta izquierda, sobre todo la intelectual<sup>29</sup> y ligada a algunos sectores universitarios.

El blanqueamiento del echeverrismo respecto de su lógica militar de fondo (un considerable número de miembros de su gabinete eran militares) (Escamilla Santiago), de paramilitarismo, contrainsurgencia, «guerra sucia», represiones, matanzas estudiantiles, de desaparición y tortura, se dio a través del nexo con socialistas como Allende y con el recibimiento de importantes figuras allendistas durante el gobierno de Salvador Allende, como posterior al golpe. De igual manera, dichos nexos no solo le permitían ganar cierta legitimidad interna y externa, sino que, tal y como afirma Claudia Rojas Mira, el nexo con la izquierda de América Latina se fortalecía para evitar su influencia en México (135).

---

26 Felipe Sánchez Barriá afirma: «Cada una de estas acciones estaría enmarcada dentro del concepto de “apertura democrática”, que sería acuñado por el propio Echeverría en un intento por demostrar sus intenciones de cambios, y donde él mismo interpretaría el papel principal» (960).

27 De acuerdo con Claudia Rojas Mira (132), según el escritor mexicano José Agustín, Echeverría «se sentía en el nuevo Cárdenas».

28 Sobre el uso «del marco legal para reprimir», véase el artículo de Felipe Sánchez Barriá (981). Y sobre la búsqueda de «mansedumbre institucional» por parte del Gobierno de Echeverría, véase la Introducción (12) del libro de López Menéndez, Mendoza García y Carpio Pérez, coords.

29 Sobre la relación de intelectuales y Echeverría, véase el artículo citado de Claudia Rojas Mira (130). Ahí se podrá encontrar la frase acuñada por Carlos Fuentes según la cual las opciones eran echeverrismo o fascismo, o bien, información sobre el grupo de intelectuales mexicanos que apoyaban a la Unidad Popular de Chile, que se denominó «Comité Mexicano de Apoyo a la Unidad Popular Chilena».

La revolución pasiva del *priísmo*, desplegada con maestría por el echeverrismo, fungió como mediadora entre el autoritarismo silenciador, disciplinante y torturador, cuyo eje era el Estado-nación, hacia la compleja articulación entre el mercado posnacional y la lógica narco. De ahí que, para el caso mexicano, el neoliberalismo fue empujado por múltiples procesos de reformulación estatal, cesión de espacios y militarización sin dictadura. En otras palabras, la reacción neoliberal fue paulatina, aunque extremadamente violenta. En el caso mexicano, se trató de un neoliberalismo sin *shock*, o sin golpe, sin un Estado en llamas y reformulado de manera abrupta, sino de manera mediata y quirúrgica, aunque gracias, indirectamente, a los modos a través de los cuales se enmarcó e imaginó el golpe abrupto del 11 de septiembre de 1973.

### **La imagen del *shock* en el imaginario mexicano y las tareas echeverristas de resignificación gorilista**

En septiembre de 1973, ya desde los días posteriores al 11 de septiembre, Manuel Mejido, corresponsal del periódico mexicano *Excélsior*, y quien entrevistaría a Hortensia Bussi el 14 de septiembre de 1973, se convirtió en el único reportero mexicano en Chile. Con su reportaje y la circulación de imágenes tanto en este diario como en muchos otros diarios mexicanos, comenzaron una serie de reacciones en la intelectualidad mexicana.

Los intelectuales mexicanos indignados por el golpe expresaban su desazón ante la muerte de un líder y de un proyecto. Una muerte que anunciaba una etapa catastrófica de empoderamiento de los así llamados «Gorilas» militares que eran presentados como marionetas del «imperialismo norteamericano».

El presidente Luis Echeverría, por su parte, anunciaría entonces días de luto nacional por lo acontecido en Chile, específicamente el 17, 18 y 19 de septiembre. En el inicio de aquel decreto presidencial, el presidente Luis Echeverría afirmaba que:

El pueblo de México se ha conmovido profundamente por la desaparición del ilustre estadista latinoamericano, doctor Salvador Allende [...] quien además de encabezar un gobierno electo democráticamente, fue abanderado de una lucha social por reivindicaciones socialistas [...] durante su visita a la República Mexicana efectuada del 30 de noviembre al 3 de diciembre de 1972, el presidente Allende siempre estuvo rodeado de la simpatía de los mexicanos y contribuyó vigorosamente al mejor entendimiento de las causas comunes de Latinoamérica [...] nuestro país tuvo en él a un leal y solidario amigo.<sup>30</sup>

Cabe recalcar aquí la conmoción por la muerte de un proyecto de «reivindicaciones nacionalistas», justo las mismas que enarbolaba el Revolucionario Institucional y que, en el marco de la posguerra, le permitieron, como se ha afirmado con anterioridad,

---

<sup>30</sup> Texto de los considerandos del decreto presidencial que estableció luto oficial por Salvador Allende, los días 17, 18 y 19 de septiembre de 1973 en *Compañero presidente. Ideario político de Salvador Allende* (279-280).

sostenibilidad y rendimiento político al autoritario sistema político mexicano. Todo esto, por cierto, en medio de la circulación de las imágenes de los militares triunfando, del palacio en llamas y de aquella otra imagen de los tanques en primer plano.

Por otra parte, los lamentos de la intelectualidad mexicana por el gorilismo son interesantes desde el imaginario mexicano. Tradicionalmente, como nos lo recuerda Carlos Enrique Torres Monroy, los gorilas fueron los animales usados por el estudiantado como imágenes para caracterizar a las autoridades represoras. De hecho, a decir de Carlos Enrique Torres, el gorilismo que, de igual manera, aparece en el Halconazo de 1971, sirve como «soporte de la sensibilidad estudiantil» para que se movilizaran y se unieran a partir de la identificación de un enemigo en común. De esta manera, como se desprende de su trabajo, con el uso de la imagen del gorila se operaba una interesante mutación simbólica que implicaba enmarcar a las autoridades como bestias.

Dicho bestiario irrespetuoso hacia las autoridades era interesante por enmarcarlas como un conjunto de funcionarios, militares y policías menos que humanos, prehumanos y bestias que operan liquidando de manera salvaje e irracional. De este modo, a las autoridades rebajadas a bestias salvajes y violentas se les profanaba poniéndolas así en entredicho.



FIGURA 4

La Izquierda Diario.

<https://www.laizquierdadiario.mx/La-grafica-del-'68-mexicano>

Con el golpe en Chile, la imagen del gorila recirculó entre la intelectualidad mexicana que se indignó con lo sucedido en ese país, permitiéndoles así caracterizar a los golpistas y a los gobiernos que se someten a la órbita estadounidense como gorilas. Si bien dicha resignificación gorilista fue ejecutada por la intelectualidad mexicana, es posible inferir que la indignación por el golpe del Gobierno de Echeverría le permitió una participación indirecta en dicha resignificación gorilista posibilitándoles, de esa manera, proyectar al gorilismo hacia el salvaje Ejército chileno antinstitucional fuera de la ley y, de igual manera, hacia los servidores de intereses extranjeros.

Pareciera ser que, en este sentido, y parafraseando a Schmitt, para el echeverrismo, el Ejército a condenar es el absoluto, sin importar si es proletario o imperial, pero que reinstituye lo social saliéndose de la Constitución vigente, pero no así el Ejército (mexicano) comisarial que se activa para reestablecer la lógica constitucional priísta a través de mecanismos de represión, desaparición, tortura, persecución, espionaje y asesinato.

Como puede leerse desde México, a través de las imágenes de tanquetas represoras, del palacio ejecutivo en llamas, del Ejército que recuerda la matanza, desaparición y represión, o con la imagen del gorila como la bestia que caracteriza al soberano, se va configurando un sistema imaginal que, enmarcado desde el echeverrismo, es administrado para fortalecer al principio soberano priísta reproduciendo, de manera implícita, la imagen que anuncia la imposibilidad del proyecto allendista (aunque haya sido por vías institucionales), así como la necesidad de una alianza controlada y sin golpes con el aparato militar mexicano. Mismo aparato que, al mismo tiempo, se reitera, operaba la contrainsurgencia y desplegaba las tecnologías de la desaparición en la contrainsurgencia contra la guerrilla rural y urbana (Gamiño Muñoz). Tecnologías del exterminio y de la desaparición, de acuerdo con Gamiño, hoy no del todo desplazadas, sino adaptadas y adoptadas por las lógicas paramilitares o narcomilitares que hoy, en buena medida, son responsables del atroz escenario de desapariciones y violencia en México.

En este sentido se trata, a decir de Rodolfo Gamiño, de un desafortunado patrón común que permite hacer equivalentes tanto al Estado en la guerra sucia como al narco en la época actual y que, en ese sentido, evidencian una connivencia o simbiosis compleja y en constante renovación según las peculiaridades de cada zona.

Sin embargo, y regresando al tema de la imagen, aún quedan modos para intervenir en dichas constelaciones de la catástrofe para posibilitar una lectura que no refuerce una vez más al montaje aplastante y neoliberal. Si bien, como afirma Eduardo Cadava, la circulación de ciertas imágenes no es inocente, pues sirven «de conciencia tecnológica, [ya que] preservaron la imagen de estos paisajes devastados» (83-84), y «que toda guerra depende de las tecnologías de representación» (85), ¿qué sucede si se las reenmarca desde un deseo plebeyo o de no dominación?

Para Cadava, «al vincular la guerra con la fotografía y las armas con las imágenes, Jünger llegaría a argumentar que la tecnología bélica moderna da paso a una forma de percepción específicamente moderna, organizada en torno a la experiencia del peligro y el *shock*» (85). Incluso, el instante crítico del bombardeo fue capturado por la mirada

del poder de dominación para ganar la narrativa o hegemonizar el sentido; sin embargo, gracias a Gramsci, sabemos que la hegemonía es una constelación de narrativas que, dado que nunca se presentan sin fisuras, siempre conviven con la posibilidad de su propia crisis. De este modo, y de nuevo gramscianamente hablando, el ángulo visual como posición política o parte a tomar en el conflicto de fuerzas será fundamental para dar cuenta de la posible lectura que resultará como efecto, sobre todo, si deseamos una imagen que cuente otra historia que ahora sea capaz de amenazar espectralmente al fantasma neoliberal.

### La vuelta de tuerca: la mirada plebeya desde México

He afirmado con otras y otros pensadores que la imagen contiene una ausencia presente. Una ruina no explícita que, sintomalmente,<sup>31</sup> permite su desviación.

En la constelación de la imagen del *shock*, el recuerdo del pasado anuncia un futuro no realizado, o bien, permite otra mirada, es decir, una mirada desviada desde un tomar parte y cuerpo plebeyo.

¿Cómo leer una imagen aplastante del *shock* o monumental desde una mirada plebeya?

11 de septiembre de 1973. Martes. Primeras horas de la mañana: empiezan a llegar noticias –vagas, confusas, inclusive contradictorias– de que algo grave ocurría en Chile. Primera confirmación: las fuerzas armadas se lanzaban al golpe de Estado, incorporándose al siniestro golirismo histórico en América Latina. Bombardeos sobre el Palacio de la Moneda. Último Mensaje de Salvador Allende: no renuncio; no me rindo. A medio día rumores de que se había suicidado y el espanto de la situación empezó a tomar conciencia, a crecer, a engarrotarse en las gargantas, crispando manos y ensombreciendo rostros.<sup>32</sup>

Por otra parte, el 12 de septiembre, en la editorial del periódico *Excelsior* se leía:

El hombre vive del pasado, en el presente, para el futuro. Tres dimensiones inseparables y un solo hacer: el intento de una vida mejor para todos, pues si no es para todos, en la discriminación de los dolidos estará el pago que un día harán los privilegiados. El Presidente Salvador Allende representaba un futuro, una esperanza, una existencia distinta. Un nuevo estilo y un ensayo, hasta ayer, lleno de complicaciones, pero promisorio. De pronto, con su caída y muerte, el mundo chileno se cierra, todo el pasado se le echa encima y del presente no

---

31 Me refiero a la lectura sintomal de alguien como Althusser. Para mí, por ahora, se tratará de una lectura desviada y política desde la coyuntura y desde un tomar parte, en mi caso, parte y cuerpo plebeyo con deseos de no dominación. Dicha lectura, en palabras althusserianas, se opera desplegando «lo visto sin ser visto».

32 Sara Moirón, 15 septiembre 1973, en *Compañero presidente. Ideario político de Salvador Allende* (263).

queda sino eso, un presente petrificado inmovilizado [...] Tuvo muchos errores el Presidente Allende, como fueron muchos sus aciertos. Pero los propósitos de Allende lo trascendían (*Compañero presidente* 265).

Y más adelante: «El golpe militar no sólo ha roto la constitucionalidad: sirvió también para enterrar la posibilidad de entrar en el futuro sin efusión de sangre [...] Bien se sabía que en mucho, el porvenir de América Latina se estaba decidiendo en Chile» (268).

Como puede observarse, desde México se habla de un «incierto futuro»; una suerte de colapso temporal en donde el futuro queda obturado («*the time is out of joint*»), toda una concepción de la historia queda desmantelada y toda una narrativa de la historia, así como un proyecto esperanzador, quedan en entredicho.

El 13 de septiembre, por su parte, la editorial del periódico *Excelsior* se titulaba «Chile: Ferocidad desenfrenada» (*Compañero presidente* 268). Y el 12 de septiembre, José Alvarado, en su artículo «Laberinto. Allende pasa a la Leyenda» (280-281), en el mismo periódico, afirmaba que «crimen, tal es el nombre, fue en Santiago, pero las ráfagas siniestras se han desatado en el globo entero».

Hasta aquí, significantes como «ferocidad», «desenfreno», «crimen»,<sup>33</sup> «siniestro», «enterrar» configuraban un clima sombrío y asfixiante que daba cuenta del *shock* que cambiaría a Chile y al mundo.

Todavía en el mismo periódico, pero el 14 de septiembre, Gastón García Cantú, en su artículo «Chile: explicación sumaria Defendamos a nuestro país», advertía que el golpe operaba un «aplastamiento del pueblo» para someterlo a la órbita estadounidense (*Compañero presidente* 290).

Sin embargo, en el medio de múltiples ensayos de denuncia y lamento por el golpe y la muerte de Allende, uno en particular es un tanto diferente-desviado. Se trató del artículo de Carlos Monsiváis titulado «Allende y la identidad latinoamericana» (*Compañero presidente* 299-302), publicado en *Diorama de la Cultura* el mismo 15 de septiembre de 1973.

En dicho artículo Monsiváis comenzó afirmando que «algo definitivo ha tenido lugar en México en los últimos días». Ya desde el momento, Monsiváis pareció advertir que el golpe no era un asunto solamente chileno, sino singular y universal a la vez.

Para Monsiváis se trataba de acontecimientos «nacionales y personales», «hechos políticos que nos afectan de modo público y privado, situaciones límite que nos obligan a una gran recapitulación autocrítica, social e individual». De este modo, el resultado del golpe produjo un afecto y efecto en México no solamente político, sino *trans-individual* (Balibar) y corporal.

De esta manera, con el golpe se redefinía toda una manera de entender la identidad latinoamericana como postura crítica ante las tiranías y opresiones, es decir, desde «los

33 Lo mismo afirmaría Jesús Reyes Heróles en su discurso «Fascismo colonial». Fragmentos del discurso pronunciado en el acto de solidaridad con Chile, organizado por el CEN del PRI, el 14 de septiembre. En *Compañero presidente* 294.

márgenes de la historia», tal y como la descripción gramsciana de los grupos subalternos en el famoso Cuaderno 25.

Desde esta perspectiva subalterna, para Monsiváis nos encontrábamos ante una «múltiple» y «única batalla» a la vez, en donde a través del «proceso revolucionario chileno [...] se ha concentrado de una manera especialísima la esperanza, el fervor, el orgullo latinoamericanos». Para el intelectual mexicano,

el triunfo electoral de Salvador Allende configuró otra posibilidad de América Latina, engendró nuevas perspectivas y una diversificación tanto de actitudes como de posiciones. Como proyecto, como acción, América Latina (esto es, la negativa al despojo y la exigencia de justicia social) se ha ido articulando, ha ido encarnando en la militancia, en los logros, en la beligerancia de la Unidad Popular, en el ritmo de las expropiaciones, en la emergencia de las colonias populares, en la personalidad y la integridad de Salvador Allende, elementos todos estos que han reafirmado lo irrevocable y lo obligatorio (unidad, dirección, sentido) de la insurgencia popular en el resto del continente.

Parecía que, desde Monsiváis, a través del ejemplo chileno y a pesar del fracaso allendista, lo que nos definiría ahora, fraseando a Maquiavelo y desde este punto de vista plebeyo o subalterno, sería un deseo beligerante contra la dominación y de no dominación. Se trataría en ese sentido de una postura rebelde que se manifestaría en plenitud e intensidad en los brotes de autonomía. Para Monsiváis,

los sucesos de Chile no admiten la aplicación de esquemas cristianos, no admiramos a mártires sino a combatientes sabedores de que el pueblo sólo existe cuando se moviliza y que esa movilización se traduce sin remedio en la reacción histórica y criminal del imperialismo y sus cómplices y socios. Ese conocimiento, ese riesgo asumido sin dilación, es el punto de partida de la nueva y renovada identidad latinoamericana.

De ahí que pueda afirmar que el montaje del bombardeo, del tanque aplastante y del palacio en llamas tuvieron y tienen sentido en la medida en que son el efecto de un pueblo amenazante (y amenazado) y que, de estar organizado, siempre tendrá la capacidad de hacer reaccionar a la

tontería patológica de una derecha ciega, rencorosa y suicida que se lanza a la guerra civil con tal de no ceder ninguno de sus privilegios. [...] Por eso, es imposible y es inútil adjudicarle al Presidente Allende la figura del santo o del crucificado. Es un militante caído en la una lucha que dista mucho de haber terminado [...] Salvador Allende, acompañado de unos cuantos, combatiendo hasta el último minuto, da organización y sentido a la resistencia nacional contra los gorilas (302).

No es entonces el tanque neoliberal y triunfante el elemento de la imagen que solitariamente puede contar la historia, sino la lucha y la agonía popular chilena e, incluso, la resistencia del propio Allende en el Palacio de la Moneda.

Pareciera ser entonces que aquello que nos define latinamente y lo que podría dominar a las fuerzas históricas en pugna es la movilización permanente, ya que, como se ha observado, el tumulto plebeyo no cabe ni en la representación del socialismo-liberal, ni mucho menos en la representación neoliberal y narcomilitar.

De este modo, Carlos Monsiváis nos permite una lectura a contrapelo cuando esto es imposible, es decir, cuando no hay tiempo de esperanza, sino que el tiempo se encuentra fuera de sí. Es interesante que, mientras todos se lamentan amargamente, él habita y valora la ejemplar defensa y la extraordinaria rebeldía del pueblo chileno que está detrás de esta escena crítica y trágica.

Monsiváis podría afirmar que si hubo tal despliegue militar violento es porque algo lo provocó. Y quien ha provocado todo ese despliegue militar y dicho montaje imaginal es el intento plebeyo de exceder los marcos soberanos. En ese sentido, como lo cita Thayer, para Galende «el golpe de Estado fue un “pseudo acontecimiento”» (36), cuando el verdadero acontecimiento «de la dignidad de Chile: el de la llegada de la Unidad Popular al poder» (36).

En este registro desviado, otra imagen latina y plebeya se hace posible y se lee en los pliegues.

Por ello, la lectura de Monsiváis nos recuerda a quienes se organizan, se rebelan, escamotean, o siguen lidiando y pluralizando barrocamemente al propio neoliberalismo,<sup>34</sup> aún y en medio de los atroces despliegues militares. Una suerte de antecedente de lo que se había considerado como condición de posibilidad se juega aquí: si como condición del neoliberalismo encontramos al tanque, por su parte, como condición del tanque encontramos al tumulto plebeyo. Tumulto que puede ser –si lo desea, se organiza, se dan los encuentros y circunstancias– definitorio y condición de imposibilidad del delirio neoliberal.

Por otra parte, la violencia histórica de los gorilas y sus tanques da cuenta de los pies de barro de la teología neoliberal, tanto en su conformación postsoberana, como en su producción subjetiva.

Si detrás del supermercado está la máquina militar, la de los tanques, la de la tortura, la del Ejército y la del narco, es posible dar cuenta de la locura del plus de goce neoliberal.

Y si la propia escena del tanque está desgarrada y amenazada, ya que lo que sostiene tal escena es el exceso plebeyo, quizá se desfataliza su montaje. De este modo, se demuestra que la imagen, entendida como una constelación fisurada y agónica, siempre contiene una multiplicidad enmarcada por descubrir.

Tal y como lo afirma Oscar Ariel Cabezas, «el carácter teológico-político de la moderna soberanía y la necesidad de legitimación no sólo reside en el hecho de que ésta se define por conceptos teológicos secularizados sino también por las condiciones de im-posibilidad de fundamentar el orden social que lo excede» («Exclusión en América

34 Véase Verónica Gago, en Referencias.

Latina» 162). De igual manera, en los marcos de la postsoberanía neoliberal y en sus modos de disciplinar «*omnes et singulatim*» siempre permanece un resto salvaje que no se deja domesticar y que amenaza de manera constante así como espectral, pero que, de igual manera, no se hace fuerza histórica si no toma cuerpo en la revuelta plebeya, que a pesar de estar siempre latente, de igual manera, siempre es posible «su captura en ordenamiento del infrapoder» (162).

## Referencias

- Arditi, Benjamín. *La política en los bordes del liberalismo. Diferencia, populismo, revolución, emancipación*. Gedisa, 2017.
- Barrios, José Luis. *Atrocitas fascinans. Imagen, horror, deseo*. UIA-Rostroblanco ediciones, 2010.
- Bermúdez Dini, Renato. *Investigación en proceso sobre la imagen y Bruno Latour a partir de un análisis de algunas imágenes en el gobierno venezolano de Hugo Chávez*. Departamento de Filosofía de la Universidad Iberoamericana CDMX, 2023 (documento inédito).
- Brown, Wendy. *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso, 2017.
- Cabezas, Oscar Ariel. «Exclusión en América Latina. Re (-) presentación, soberanía y residuos teológico-políticos». *Exclusiones. Reflexiones críticas sobre subalteridad, hegemonía y biopolítica*. Eds. Jaime Osorio y Felipe Victoriano. UAM-Cuajimalpa-Anthropos, 2011.
- . «La Modernidad en Claude Lefort: emergencia del vacío y democracia». *Revista de Filosofía (Universidad Iberoamericana)*, vol. 47, n° 138, 2015, pp. 25-54.
- . «Salvador Allende: El ocaso de una modernidad plebeya». *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, vol. 24, n° 2, 2021, pp. 259-274. <https://revistas.ucm.es/index.php/RPUB/article/view/75658>
- Cadava, Eduardo. *La imagen en ruinas*. Palinodia, 2015.
- Catanzaro, Gisela. *Espectrología de la derecha. Hacia una crítica de la ideología neoliberal en el capitalismo tardío*. Cuarenta Ríos, 2021.
- Compañero presidente. Ideario político de Salvador Allende*. Samo, 1973.
- Derrida, Jacques. *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Trotta, 1995.
- Escamilla Santiago, Ylich. «10 de junio, entre la memoria y el olvido». *10 de junio no se olvida: Organización estudiantil, narraciones y memoria del Halconazo de 1971*. Coords. Marisol López Menéndez, Jorge Mendoza García y Amilcar Carpio Pérez. UIA, 2022.
- Gago, Verónica. *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Tinta Limón, 2004.

- Gamiño Muñoz, Rodolfo. *La Patria de los ausentes: Un acercamiento al estudio de la desaparición forzada en México*. UIA, 2020.
- López Menéndez, Marisol, Jorge Mendoza García y Amilcar Carpio (coords.). *10 de junio no se olvida: Organización estudiantil, narraciones y memoria del Halconazo de 1971*. UIA, 2022.
- Marchart, Oliver. *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Trad. Marta Delfina Álvarez. Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Monsiváis Carlos. «Diorama de la Cultura, 15 de septiembre de 1973». *Compañero presidente. Ideario político de Salvador Allende*. Samo, 1973, pp. 299-302.
- Quignard, Pascal. *La imagen que nos falta*. Ediciones Ve, 2015.
- Rojas Mira, Claudia Fedora. «Los anfitriones del exilio chileno en México, 1973-1993». *Historia Crítica*, vol. 1, n° 60, 2016, pp. 132-140. [http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0121-16172016000200008](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-16172016000200008)
- Sánchez Barría, Felipe. «“En la lucha contra el imperialismo, México y Chile de pie”. Salvador Allende en la política tercermundista de Luis Echeverría en la Guerra Fría interamericana». *Foro Internacional*, vol. LIV, n° 4, 2014, pp. 954-991. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59940022004>
- Thayer, Willy. *El fragmento repetido. Escritos en el estado de excepción*. Ediciones Metales Pesados, 2006.
- Torres Monroy, Carlos Enrique «Los gorilas, soportes de la sensibilidad estudiantil frente a las fuerzas represivas del Estado (1968, 1971). *10 de junio no se olvida: Organización estudiantil, narraciones y memoria del Halconazo de 1971*. Coords. Marisol López Menéndez, Jorge Mendoza García y Amilcar Carpio Pérez. UIA, 2022, pp. 41-61.
- Villacañas, José Luis. «Crítica de la teología política» y «Crítica de la antropología política moderna». *Los filósofos y la política*. Comp. Manuel Cruz. Fondo de Cultura Económica, 1999.
- . *Neoliberalismo como teología política: Habermas, Foucault, Dardot, Laval y la historia del capitalismo contemporáneo*. Ned, 2019.